

ascendiendo sobre el mundo sensible, logrará un conocimiento llamado "Ciencia" que descubre las causas de los fenómenos. Y por último, si en su afán de saber sube hasta el mismo mundo de las ideas, consigue el conocimiento llamado "filosofía" que descubre las causas primeras de los seres.

C. ÉTICA.

6 El alma. El alma humana es invisible y espiritual; su patria o sede es el mundo de las ideas.

6 1) MITO DEL CARRO ALADO. Cada alma es como un coche tirado por dos caballos (uno blanco y otro negro) y conducido por un auriga (cochero), que vuela por el espacio.

El auriga representa la parte racional del alma; el caballo blanco es dócil y tira hacia arriba, y representa el apetito irascible o tendencia buena, de lucha y progreso. El caballo negro es rebelde y tira hacia abajo y representa el apetito concupiscible, tendencia mala hacia el placer.

Si no alimentamos al caballo blanco que es hermoso, dócil y noble con la ciencia de las ideas, se debilita y el alma se precipita a tierra y cae, dejándose dominar por el caballo negro que es pesado y deforme.

7 2) El fin. El fin inmediato o próximo del hombre consiste en parecerse lo más posible a Dios, bondad suprema, huyendo de las cosas sensibles; y el fin último será la contemplación del mundo de las ideas.

8 3) Virtudes. En esta concepción del alma que Platón divide en tres, nos habla de las virtudes o perfecciones propias de cada parte.

a El alma racional se perfecciona con la virtud de la prudencia o sabiduría; con ella se logra una correcta conducción del carro alado.

b. El alma irascible se perfecciona con la virtud de la fortaleza que da ánimos en la lucha.

c. El alma concupiscible se perfecciona con la virtud de templanza.

La justicia es una cuarta virtud que consiste en la armonización o equilibrio de las otras tres.

LA INMORALIDAD DEL ALMA HUMANA.

Respóndeme — continuó Sócrates — ¿Qué es lo que al unirse al cuerpo hace de él un ser vivo?

El alma — dijo.

Por consiguiente, cuando el alma llega a alguna parte, ¿aparece allí siempre como portadora de vida?

Así se presenta, en efecto.

Podemos decir que existe algo contrario a la vida, o no?

La muerte.

¿no es verdad, por lo tanto, que el alma no podrá recibir nunca en sí misma lo contrario de lo que ella misma aporta, y que así resulta de todo lo que llevamos dicho?

Completamente — dijo Kebes.

Pues dime: lo que no puede recibir en sí la idea de lo que es par, ¿Cómo lo llamábamos hace un momento?

Impar — contestó.

¿Y a lo que no admite lo justo? ¿Y a lo que no admite lo hábil?

A lo uno lo llamamos injusto — dijo— y a lo otro inhábil.

¿Y cómo llamaríamos a lo que no admite la muerte?

Inmortal — contestó.

Por lo tanto, ¿el alma es incompatible con la muerte?

Sí

¿El alma es, pues, inmortal?

Inmortal.

Adelante — prosiguió Sócrates —. Porque esto debemos darlo por probado, ¿no te parece?

Completamente probado; ¡oh Sócrates!

¿Y qué más, oh Kebes? —continuó—. Si lo impar tuviese que ser indestructible por necesidad, ¿podría el número tres dejar de ser indestructible?

¿Cómo habría de serlo?

Y si lo no caliente hubiera de ser también indestructible necesariamente, tantas veces como alguien acercase calor a la nieve, ¿no se apartaría la nieve para conservarse intacta y sin fundirse? Pues no se descubriría, ni toleraría, la aproximación del fuego sin dar un paso atrás.

Es verdad lo que dices.

De la misma manera, se me ocurre pensar que si fuera indestructible lo que no se enfría, cuando algo frío se allegara al fuego nunca se extinguiría ni destruiría, sino que se pondría a salvo escapando y manteniéndose a distancia.

Así ocurriría por necesidad —y repuso Kebes.

¿No tendremos, pues, que expresarnos también así — continuó Sócrates— acerca de lo que no es mortal? Si lo que no es mortal es al mismo tiempo indestructible, para el alma no cabe la posibilidad de perecer cuando la muerte se lanza sobre ella. Pues como se deduce de lo que venimos diciendo, no la admitiría nunca cerca de sí, ni el alma será nunca inanimada, por la misma razón que el número tres no puede ser número par, como hemos dicho, ya que lo impar no puede serlo; como tampoco puede ser frío el fuego, puesto que no lo es el calor que está en el fuego. "Pero, ¿quién sería capaz de impedir — podría decir alguno— que sin llegar a ser par lo impar, en lo que ya hemos convenido, al aproximarse a él lo que es par, lo impar se destruye y se convirtiese en su contrario?" Al que nos arguyese de esta manera no podríamos replicarle diciendo que lo impar no se destruye, pues lo impar no es indestructible, ya que, si nos hubiésemos puesto de acuerdo en este punto,

habría sido más fácil responder que al aproximarse lo que es par, el número tres y lo que es impar se apartan y se van. Y por lo que se refiere al fuego y al calor y a las otras cosas, nuestra réplica hubiera sido la misma. ¿No es así?

Sin duda.

Por consiguiente, en cuanto a lo que es mortal, si convenimos desde ahora en que es también indestructible, el alma sería indestructible al mismo tiempo que inmortal. Pero si no es así, tendremos que volver a empezar nuestro razonamiento.

Eso de ningún modo —exclamó Kebes—, al menos por lo que se refiere a este punto. Pues si decimos que lo que es inmortal, y por consiguiente es eterno, admite la destrucción, difícilmente se encontraría algo que no lo admitiese.

Dios, por lo menos, según creo —continuó Sócrates— y la forma misma de la vida, y si hay algo más que pueda ser llamado inmortal, no pueden sucumbir a la destrucción, y en esto todos estaríamos de acuerdo.

Todos, sin duda, por Zeus —repuso Kebes— los hombres y, si no me equivoco, los dioses.

Si lo inmortal es, por consiguiente, indestructible, el alma, que es precisamente inmortal, ¿podría ser otra cosa que indestructible?

Tiene que serlo por fuerza.

Cuando la muerte, pues, se precipita sobre el hombre, la porción mortal que hay en él se extin-

gue, según parece, y el principio inmortal se retira y se aleja sano y salvo, haciendo sitio a la muerte.

Así es.

Por lo tanto, el alma, ¡oh Kebes! —dijo Sócrates—, más que otra cosa cualquiera, es indestructible e inmortal y nuestras almas sobrevivirán realmente en el Hades.

Después de lo que tú has dicho, Sócrates —repuso Kebes—, nada me queda a mí que agregar, ni hay para mi sombra de duda en tus palabras. Pero si nuestros amigos Simmias, o cualquier otro tiene algo que decir, haría muy bien en no guardar silencio, pues no sé qué otro momento podríamos escoger mejor que éste para escuchar algo nuevo acerca del asunto que nos ocupa.

Pero yo tampoco veo motivos para dudar de lo que hasta aquí se ha dicho —exclamó Simmias—. Sin embargo, la magnitud de los problemas que son objeto de nuestra investigación y la idea que yo tengo de la falibilidad humana se hace mirar con alguna desconfianza las conclusiones a que hemos llegado, por lo menos en la intimidad de mi conciencia.

Bien dices, ¡oh Simmias! —contestó Sócrates—; pero no sólo por lo que se relaciona con las hipótesis primeras, de las que ha partido nuestra investigación. Por más dignas de crédito que dichas hipótesis os parezcan, creo, en efecto, que deben examinarse más detenidamente. Si llegáis a distinguirlas con entera claridad podréis seguir entonces el proceso de la argumentación con toda la fuerza de que es capaz el entendimiento del hombre.

Verdad dices — repuso Kebes.

Pero es junto, amigos míos, que meditemos antes sobre lo siguiente: si el alma es realmente inmortal, exige algunos cuidados no sólo durante el término que dura lo que llamamos vida, sino en toda la extensión del tiempo. La cosa sería muy grave al parecer para el que no se ocupase debidamente del alma. Pues si fuese la muerte un decir adiós a todo lo que somos, los malos habrían hecho el mejor negocio del mundo. Una vez muertos, se habrían separado de su cuerpo y al mismo tiempo de la maldad personal de cada uno que estaba implicado en el alma. Ahora bien, decimos que el alma es inmortal, y si es así para el alma no habrá otro escape ni otra liberación de sus males que el ponerse en condiciones de llegar a ser mejor y más justa. El alma penetra en el Hades sin llevar otra cosa consigo que la propia formación moral y su temple y esto es lo que a de ayudarnos más, según dicen, o perjudicarnos más desde el comienzo del viaje que hemos de emprender tras de morir. He aquí lo que sabemos por tradición: el espíritu o demonio que le ha sido adjudicado a cada hombre se encarga de conducirlo cuando muere a un determinado lugar, y desde allí, que es donde se reúnen las almas para ser juzgadas, comienza el viaje al Hades bajo la dirección de aquel espíritu, el cual ha recibido el encargo de llevar a la última morada a los que salen de la tierra. Una vez que las almas han permanecido allí el tiempo que les corresponde, de acuerdo con la suerte que les ha cabido a cada una, un guía nuevo les conduce otra vez a la tierra, al cabo de largas y numerosas revoluciones del tiempo. El viaje no es, pues, como lo pinta Télefo de Esquilo. Según Télefo, el camino que lleva al Hades es una senda llana. Pero a mí me parece que ni es una senda llana ni una sola senda; porque si fuera

así, ni harían falta guías ni habría peligro alguno de que nos extraviásemos a lo largo de una senda única. Lo más probable es que los caminos sean muchos y que haya numerosas encrucijadas. Y esto lo digo apoyándome, como sobre indicios seguros, en lo que nos prescriben nuestras costumbres y nuestros sentimientos piadosos. Por consiguiente, el alma llena de sabiduría y de prudencia conoce la situación presente y se atiene a ella. Por el contrario el alma que sigue demasiado las inclinaciones del cuerpo, y que ha vivido mucho tiempo bajo el efecto de las pasiones, como he dicho antes, concentrando todo su interés en el cuerpo como en su centro visible, esta alma no se pone en camino bajo la dirección del espíritu al que ha sido encomendada, sino ofreciendo mucha resistencia y oponiéndose con todas sus fuerzas a emprender el viaje. Esta alma una vez que ha llegado a donde están las otras, como quiera que no se ha purificado de las acciones que haya podido cometer, de los crímenes injustos que ha perpetrado y de todos los actos parecidos y que son dignos de almas como la suya, a ésta todas las otras almas esquivan y huyen de su presencia y nadie quiere acompañarla ni servirla de guía. Anda, pues errante en su peregrinación hasta el momento en que se hayan cumplido determinados plazos, y entonces llega fatalmente al paraje que la ha sido asignado. En cambio, el alma que ha seguido una vía de purificación de medida encuentra fácilmente camaradas de ruta y divinidades compañeras hasta llegar a la mansión que le corresponde.

Fedón o del Alma

PLATON*

D. POLÍTICA.

Para apreciar la gran importancia que Platón concede a la ciencia política basta con fijarnos en que le dedica sus dos diálogos más extensos, la **República** y las **Leyes**, además de otro diálogo especial, el **Político**.

Origen de la sociedad.- A los griegos les resultaba difícil concebir al hombre en estado de aislamiento. Consideraban la sociedad como un resultado que brota necesariamente de la misma condición de la naturaleza humana.

Organización de la sociedad. Una vez agrupados los hombres en sociedad, ésta va pasando poco a poco del estado amorfo hasta constituirse en Ciudad (*polis*).

En la sociedad brota de manera espontánea la división de funciones y de trabajo. Las distintas necesidades materiales —alimento, vestido, alojamiento— dan origen a otros tantos oficios, que se reparten entre distintos individuos. Conforme va creciendo la ciudad aparecen nuevas necesidades, que provienen del progresivo refinamiento de la vida, o de las relaciones con otras ciudades, dando origen a nuevas actividades y funciones diferenciadas: navegación, comercio, etc. La ambición o la necesidad de ampliar el propio territorio será causa de choques violentos con otras ciudades vecinas que se habrán ido formando de manera semejante. De aquí brota la necesidad de otra función especializada, que será la de los guardianes (*φυλακες*), malicia, permanente que deberá dedicarse exclusivamente al oficio de la guerra para defensa de la ciudad. La vida misma de la ciudad exige otra función importantísima, que será la del gobierno, la cual deberá ejercerse por una minoría selecta, cuya misión consistirá en regular las relaciones entre los ciudadanos, y de éstos con la ciudad, asignando a cada miembro de ella la función social. Todos los ciudadanos deberán considerarse como hermanos entre sí, subordinados al bien común todos sus intereses particulares.

De la división primitiva de trabajo se origina la división de la ciudad en clases sociales, a cada una de las cuales le corresponde una función distinta en orden al bien común:

Al elemento **concupiscible** (*ειθηνημων*) corresponde la clase inferior (*Χρημασηοτικονγενος*), que es la más numerosa, compuesta por todos cuantos se dedican a los oficios o trabajos materiales: agricultores, artesanos, cuya misión consiste en producir lo necesario para la vida material de la ciudad.

El elemento **fogoso o colérico** corresponde la clase de los guardianes o auxiliares, cuya misión especial consiste en velar permanentemente por la seguridad de la ciudad y defenderla contra sus enemigos. Su virtud fundamental es el valor.

Al elemento **racional** (*λογιστικον, βουλευτικον*) corresponde la clase de los guardianes superiores perfectos (*αρχοντεςφξ-λακεςπ αντε λεις, τελειο*) o gobernantes, que equivalen al cerebro o a la inteligencia de la ciudad. Tienen poder absoluto sobre las clases inferiores. Su misión consiste en legislar y velar por el cumplimiento de las leyes, organizar la educación y administrar la ciudad. Sus virtudes propias son la sabiduría y la prudencia. Por esto los gobernantes deberán ser filósofos.

Formas de gobierno.- Platón sistematizó en su **República** la diversidad de regímenes políticos conocidos, en su tiempo conforme a su concepto de los distintos <modos de almas>, que considera existentes en el hombre. A los cinco modos de almas corresponden cinco modos de gobierno.

Monarquía y aristocracia.- Es la forma pura, ideal y perfecta (gobierno de los mejores), en que el mando es ejercido por un hombre egregio o por unos pocos hombres eminentes, los cuales rigen la ciudad conforme a la prudencia.

Timocracia o timarquía.- Predomina la clase militar, apoderándose de las riquezas y oprimiendo a las inferiores de labradores y artesanos.

Oligarquía.- La combinación creciente de riquezas da por resultado su concentración en manos de una pequeña minoría. De aquí se origina la división de la ciudad en dos clases antagónicas: una pequeña, de magnates riquísimos (oligarcas), que acaparan el dinero y las posesiones, y otra compuesta por una multitud empobrecida, carente hasta de los medios más elementales de vida. Los oligarcas (zánganos con agujón) se ven obligados a dominar por el terror a un pueblo que los aborrece y que guarda la ocasión de expulsarlos violentamente del poder.

Democracia.- Una vez exterminados los oligarcas, el pueblo se apodera del gobierno. Entonces en la ciudad impera la libertad, consistente más bien en una verdadera anarquía, en que cada cual hace lo se le antoja, dejándose llevar por el desenfreno de sus deseos.

Tiranía.- En medio del desorden producido por el exceso de libertad, terminan por prevalecer los más audaces y violentos y sobreviene la reacción. El demagogo favorito del pueblo se apodera del mando y se erige en tirano, suprimiendo por completo la libertad.

En el **Político** simplifica Platón las formas de gobierno reduciéndolas a tres fundamentales: monarquía, aristocracia y deocracia.

MITO DE LA CAVERNA

Caverna	- Mundo sensible
Prisioneros	- La humanidad
Exterior	- Mundo suprasensible
Fuego	- La idea del bien
Sombras	- Lo aparente de la realidad
Prisionero que escapa	- Figura del filósofo.

MUNDOS

Suprasensible o de las ideas:	Donde mora el alma antes de unirse al cuerpo.
Sensible:	Donde mora el hombre con su cuerpo y alma unidos.
Infrasensible:	Donde se encuentra el cuerpo antes de unirse al alma, de modo informe.

MITO DEL CARRO ALADO

Cochero o auriga
(Parte racional del alma) --> se perfecciona con la prudencia.

Coche
(Alma) Blanco: es dócil - apetito irascible
-> se perfecciona con la fortaleza

caballos

Negro: es rebelde- apetito concupiscible - se perfecciona con la templanza